

MIÉRCOLES DE CENIZA

10/ II /2016
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«EN EL SILENCIO DE DIOS»

«Rasgad los corazones»
(Joel 2,13)

Queridos hermanos:

Dios ha realizado los más grandes misterios de nuestra salvación en un total silencio y en el mayor de los ocultamientos.

¿Quién fue testigo de su encarnación? Ni siquiera los ojos del arcángel Gabriel pudieron contemplar el milagro de la Encarnación del Verbo en el seno de Sta. María Virgen. Él, enviado por el Dios Altísimo, anunció el hecho, **«El Espíritu Santo te cubrirá con su sombra»**, pero sus ojos espirituales, mucho más penetrantes que los nuestros, no podían alcanzar a ver cómo el Verbo Eterno, el Hijo Unigénito, asumió para siempre una verdadera humanidad.

Durante toda su vida en esta tierra, la realidad de la persona divina de Cristo se escondía en la naturaleza humana que había hecho suya. Sólo las palabras y los milagros daban testimonio de la divinidad de la persona de Cristo, que permanecía oculta.

En la cruz la divinidad se escondió totalmente a los ojos de todos, incluso a los ojos de los más queridos, de los que mejor le conocían. El Hijo eterno sufría en la cruz, ¿pero quién podía pensar que en aquella humanidad rota se escondía el Creador del mundo? Y aunque ningún ojo podía observarlo, el Hijo eterno permaneció oculto en el sepulcro, en el cuerpo muerto, y descendió a los infiernos, oculto en el alma humana de Cristo.

Y nadie pudo ver cómo el alma humana de Cristo resurgió de entre los muertos elevada por la potencia del Hijo y se unía de nuevo al cuerpo, que recibía así una nueva vida. Nadie pudo ser testigo de estas cosas. Los apóstoles vieron luego a Jesús resucitado, pero ninguno de ellos, ni tampoco los ángeles, pudieron contemplar cómo ocurría el milagro de la resurrección del cuerpo y del alma humana de Verbo de Dios.

Todas esas obras tremendas, que son las obras de nuestra salvación, ocurrieron en el «silencio de Dios», por usar una expresión de san Ignacio de Antioquía.

Ahora empieza la Santa Cuaresma. Es un tiempo para que Dios obre nuestra conversión. Una obra de Dios. Una obra de Dios en nosotros. Después de lo que he dicho sobre las obras de Dios, ¿cómo creéis que se realizará esta obra de la conversión? Sin ninguna duda en el interior, no en el exterior; en el corazón, en lo más escondido, en el silencio donde no llega ninguna voz humana. Una obra de Dios y una obra de cada uno de nosotros que responde y colabora con la gracia de Dios, en lo más hondo, en el corazón. Ahí es donde es necesario entrar a partir de ahora, en lo más hondo.

Dice el profeta: **«Ahora —oráculo del Señor— convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto. Rasgad vuestros corazones y no las vestiduras»**. El llanto, el luto, el ayuno, debe llegar al corazón. El corazón es el centro tanto del alma como el cuerpo. El cuerpo tiene su

significado y su importancia, el alma también, pero en la Escritura, el corazón expresa el centro del hombre, cuerpo y alma, el núcleo que da unidad al pensamiento y a la acción, a la voluntad y al gesto externo, a la memoria y al paso del tiempo por nuestro cuerpo y nuestra alma.

Es allí donde debe llegar la conversión. Allí debemos entrar, allí debemos escuchar la voz de Dios, allí debemos comprender la maldad intrínseca de nuestro pecado, el mal que nos provoca y la ofensa que es para Dios. Allí debemos escuchar la llamada de Dios al cambio del pensamiento, de la voluntad y de las obras externas. Allí debemos acoger la oferta del perdón. Con el corazón debemos acercarnos al sacramento de la penitencia y confesar nuestros pecados y recibir la Absolución. Allí debemos esperar con esperanza —valga la redundancia— y con alegría la obra de la gracia de Dios. Esta gracia consiste en primer lugar en cancelar, borrar nuestro pecado. Pero va más allá, esta gracia consiste sobre todo y más radicalmente, más profundamente, en una renovación del corazón.

Es en el secreto del corazón donde debemos suplicar y esperar con fe la acción misteriosa, escondida y silenciosa de Dios. Silenciosa, escondida y misteriosa pero real, tan real como la muerte del Hijo de Dios por amor nuestro. A partir de hoy debemos entrar en el santuario de nuestro corazón, donde nadie puede ver ni oír y debemos repetir las palabras del salmo 50 que hemos cantado. Con esas palabras, en primer lugar, reconocemos el pecado: **«Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra ti, contra ti sólo pequé»**. En segundo lugar, pedimos misericordia: **«Misericordia, Dios mío, por tu bondad»**, que es la petición de que la culpa sea olvidada y cancelada, que sea borrada, **«lava del todo mi delito, limpia mi pecado»**; pero que va más allá, pide con fe y con audacia, con verdadera esperanza, que el pecado, la ofensa, no sea sólo olvidado, sino que el corazón sea reconstruido, recreado, renovado: **«Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro, con espíritu firme»**.

Es del todo necesario que con disciplina dediquemos tiempo, que debemos determinar de antemano conforme a las posibilidades reales de cada uno, tiempo en el que nos dediquemos a la oración más profunda, a escuchar la Palabra de Dios y a entrar de su mano en lo más profundo del corazón y allí llorar, pedir perdón, esperar con fe.

Ejercitémonos en la oración, en el ayuno, en la limosna, sin espectacularidad, sin buscar que nadie más que Dios lo sepa y lo vea. Hagamos todo eso no mecánicamente sino adentrándonos en lo más profundo de la conciencia y del corazón, para que allí en lo escondido, «en el silencio de Dios», el Creador y Redentor renueve sus maravillas y obre en cada uno la conversión.

No estamos solos, Cristo, el Señor, hecho hombre, hace este camino interior con nosotros. Acojámonos a él y adentrémonos en nuestro propio corazón.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado.

P. Enrique Santayana C.O.